

De **Jacques Philippe** \*

## I. LA PAZ INTERIOR , CAMINO DE SANTIDAD

### 1. Sin mí no podéis hacer nada

Para comprender la importancia fundamental que tiene, en el desarrollo de la vida cristiana, el afán por adquirir y conservar lo más posible la paz del corazón, en primer lugar hemos de estar plenamente convencidos de que todo el bien que podamos hacer viene de Dios y sólo de Él. « Sin mí no podéis hacer nada », ha dicho Jesús (Jn 15, 5). No ha dicho: no podéis hacer gran cosa, sino « no podéis hacer nada ». Es esencial que estemos bien persuadidos de esta verdad, y para que se imponga en nosotros no sólo en el plano de la inteligencia, sino como una experiencia de todo el ser, habremos de pasar por frecuentes fracasos, pruebas y humillaciones permitidas por Dios. Él podría ahorrarnos todas esas pruebas, pero son necesarias para convencernos de nuestra radical impotencia para hacer el bien por nosotros mismos. Según el testimonio de todos los santos, nos es indispensable adquirir esta convicción. En efecto, es el prelude imprescindible para las grandes cosas que el Señor hará en nosotros por el poder de su gracia. Por eso, Santa Teresa de Lisieux decía que la cosa más grande que el Señor había hecho en su alma era «haberle mostrado su pequeñez y su ineptitud».

Si tomamos en serio las palabras del Evangelio de San Juan citadas más arriba, comprenderemos que el problema fundamental de nuestra vida espiritual llega a ser el siguiente: ¿cómo dejar actuar a Jesús en mí? ¿Cómo permitir que la gracia de Dios opere libremente en mi vida?

A eso debemos orientarnos, no a imponernos principalmente una serie de obligaciones, por buenas que nos parezcan, ayudados por nuestra inteligencia, según nuestros proyectos, con nuestras aptitudes, etc. Debemos sobre todo intentar descubrir las actitudes profundas de nuestro corazón, las condiciones espirituales que permiten a Dios actuar en nosotros. Solamente así podremos dar fruto, « un fruto que permanece » (Jn 15, 16).

La pregunta: «¿Qué debemos hacer para que la gracia de Dios actúe libremente en nuestra vida?», no tiene una respuesta unívoca, una receta general. Para responder a ella de un modo completo, sería necesario todo un tratado de vida cristiana que hablara de la plegaria (especialmente de la oración, tan fundamental en este sentido...), de los sacramentos, de la purificación del corazón, de la docilidad al Espíritu Santo, etc., y de todos los medios por los que la gracia de Dios puede penetrar más profundamente en nuestros corazones.

En esta corta obra no pretendemos abordar todos esos temas. Solamente queremos referirnos a un aspecto de la respuesta a la pregunta anterior. Hemos elegido hablar de él porque es de una importancia absolutamente fundamental. Además, en la vida concreta de la mayor parte de los cristianos, incluso muy generosos en su fe, es demasiado poco conocido y tomado en consideración.

La verdad esencial que deseáramos presentar y desarrollar es la siguiente: para permitir que la gracia de Dios actúe en nosotros y (con la cooperación de nuestra voluntad, de nuestra inteligencia y de nuestras aptitudes, por supuesto) produzca todas esas obras buenas que Dios preparó para que por ellas caminemos (Ef 2, 10), es de la mayor importancia que nos esforcemos por adquirir y conservar la paz interior, la paz de nuestro corazón.

Para hacer comprender esto podemos emplear una imagen (no demasiado «forzada», como todas las comparaciones) que podrá esclarecerlo. Consideremos la superficie de un lago sobre la que brilla el sol. Si la superficie de ese lago es serena y tranquila, el sol se reflejará casi perfectamente en sus aguas, y tanto más perfectamente cuanto más tranquilas sean. Si, por el contrario, la superficie del lago está agitada, removida, la imagen del sol no podrá reflejarse en ella.

Algo así sucede en lo que se refiere a nuestra alma respecto a Dios: cuanto más serena y tranquila está, más se refleja Dios en ella, más se imprime su imagen en nosotros, mayor es la actuación de su gracia. Si, al contrario, nuestra alma está agitada y turbada, la gracia de Dios actuará con mayor dificultad. Todo el bien que podemos hacer es un reflejo del Bien esencial que es Dios. Cuanto más serena, ecuánime y abandonada esté nuestra alma, más se nos comunicará ese Bien y, a través de nosotros, a los demás. El Señor dará fortaleza a su pueblo, el Señor henderá a su pueblo con la paz (Ps 29, 11).

Dios es el Dios de la paz. No habla ni opera más que en medio de la paz, no en la confusión ni en la agitación. Recordemos la experiencia del profeta Elías en el Horeb: Dios no estaba en el huracán, ni en el temblor de la tierra, ni en el fuego, isino en el ligero y blando susurro (cf. 1 Re, 19)!

Con frecuencia nos inquietamos y nos alteramos pretendiendo resolver todas las cosas por nosotros mismos, mientras que sería mucho más eficaz permanecer tranquilos bajo la mirada de Dios y dejar que Él actué en nosotros con su sabiduría y su poder infinitamente superiores. Porque así dice el Señor, el Santo de Israel: En la conversión y la quietud está vuestra salvación, y la quietud y la confianza serán vuestra fuerza, pero no habéis querido (Is 30, 15).

Bien entendido, nuestro discurso no es una invitación a la pereza o la inactividad. Es la invitación a actuar, a actuar mucho en ciertas ocasiones, pero bajo el impulso del Espíritu de Dios, que es un espíritu afable y sereno, y no en medio de ese espíritu de inquietud, de agitación y de excesiva precipitación que, con demasiada frecuencia, nos mueve. Ese celo, incluso por Dios, a menudo está mal clarificado. San Vicente de Paúl, la persona menos sospechosa de pereza que haya existido, decía: «El bien que Dios hace lo hace por Él mismo, casi sin que nos demos cuenta. Hemos de ser más pasivos que activos».

## 2. Paz interior y fecundidad apostólica

Hay quien podría pensar que esta búsqueda de la paz interior es egoísta: ¿cómo proponerla como uno de los objetivos principales de nuestros esfuerzos, cuando hay en el mundo tanto sufrimiento y tanta miseria?

En primer lugar, debemos responder a esto que la paz interior de la que se trata es la del Evangelio; no tiene nada que ver con una especie de impasibilidad, de anulación de la sensibilidad o de una fría indiferencia encerrada en sí misma de las que podrían darnos una imagen las estatuas de Buda o ciertas actitudes del yoga. Al contrario, como veremos a continuación, es el corolario natural de un amor, de una auténtica sensibilidad ante los sufrimientos del prójimo y de una verdadera compasión, pues solamente esta paz del corazón nos libera de nosotros mismos, aumenta nuestra sensibilidad hacia los otros y nos hace disponibles para el prójimo.

Hemos de añadir que únicamente el hombre que goza de esta paz interior puede ayudar eficazmente a su hermano. ¿Cómo comunicar la paz a los otros si carezco de ella? ¿Cómo habrá paz en las familias, en la sociedad y entre las personas si, en primer lugar, no hay paz en los corazones?

«Adquiere la paz interior, y una multitud encontrará la salvación a tu lado», decía San Serafín de Sarov. Para adquirir esta paz interior, él se esforzó por vivir muchos años luchando por la conversión del corazón y por una oración incesante. Tras dieciséis años de fraile, dieciséis como eremita y luego otros dieciséis recluso en una celda, sólo comenzó a tener una influencia visible después de vivir cuarenta y ocho años entregado al Señor. Pero a partir de entonces, ¡qué frutos! Miles de peregrinos se acercaban a él y marchaban reconfortados, liberados de sus dudas e inquietudes, descifrada su vocación, y curados en sus cuerpos y en sus almas.

Las palabras de San Serafín atestiguan su experiencia personal, idéntica a la de otros muchos santos. El hecho de conseguir y conservar la paz interior, imposible sin la oración, debiera ser considerado como una prioridad para cualquiera, sobre todo para quien desee hacer algún bien a su prójimo. De otro modo, generalmente no hará más

que transmitir sus propias angustias e inquietudes.

### 3. Paz y combate espiritual

No obstante, hemos de afirmar otra verdad no menos importante que la enunciada anteriormente: que la vida cristiana es un combate, una lucha sin cuartel.

En la carta a los Efesios, San Pablo nos invita a revestirnos de la armadura de Dios para luchar no contra la carne o la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de ese mundo tenebroso, contra los espíritus malignos que están por las regiones aéreas (Ef 6, 10-17), Y detalla todas las piezas de la armadura que hemos de procurarnos.

Todo cristiano debe estar firmemente convencido de que, en ningún caso, su vida espiritual puede ser el desarrollo tranquilo de una vida insignificante, sin historia, sino que debe ser el terreno de una lucha constante, y a veces dolorosa, que sólo dará fin con la muerte: lucha contra el mal, las tentaciones y el pecado que lleva en su interior. Este combate es inevitable, pero hay que considerarlo como una realidad extraordinariamente positiva. Porque «sin guerra no hay paz» (Santa Catalina de Siena), sin combate no hay victoria. Y ese combate es realmente el terreno de nuestra purificación, de nuestro crecimiento espiritual, donde aprendemos a conocernos en nuestra debilidad y a conocer a Dios en su infinita misericordia; en definitiva, ese combate es el ámbito de nuestra transfiguración y de nuestra glorificación.

Sin embargo, el combate espiritual del cristiano, aunque en ocasiones sea duro, no es en modo alguno la lucha desesperada del que se debate en medio de la soledad y la ceguera sin ninguna certeza en cuanto al resultado de ese enfrentamiento. Es el combate del que lucha con la absoluta certeza de que ya ha conseguido la victoria, pues el Señor ha resucitado: « No llores, ha vencido el león de la tribu de Judá » (Ap 5, 5). No combate con su fuerza, sino con la del Señor que le dice: « Te basta mi gracia, pues mi fuerza se hace perfecta en la flaqueza » (2 Co 12, 9), Y su arma principal no es la firmeza natural del carácter o la capacidad humana, sino la fe, esa adhesión total a Cristo que le permite, incluso en los peores momentos, abandonarse con una confianza ciega en Aquel que no puede abandonarlo. « Todo lo puedo en Aquel que me conforta » (Ap 4, 13). « El Señor es mi luz y mi salvación, ¿ a quién temeré? » (Sal 27).

El cristiano, llamado como está a « resistir hasta la sangre luchando contra el pecado » (Heb 12,4), combate a veces con violencia, pero combate con un corazón sereno, y ese combate es tanto más eficaz cuanto más sereno está su corazón. Porque, como ya hemos dicho, es justamente esa paz interior la que le permite luchar no con sus propias fuerzas, que quedarían rápidamente agotadas, sino con las de Dios.

### 4. La paz suele estar en juego a lo largo de la lucha

No obstante, debemos precisar una cosa más. Cualquiera que sea la violencia de la batalla, el creyente se esforzará por mantener la paz del corazón para dejar que el Dios de los Ejércitos luche en él. Además, debe ser consciente de que la paz interior no sólo es la condición del combate espiritual, sino que suele ser lo que está en juego . Frecuentemente, el combate espiritual consiste precisamente en eso: en defender la paz interior contra el enemigo que se esfuerza por arrebatárnosla.

En efecto, una de las estrategias más habituales del demonio para alejar a un alma de Dios y retrasar su progreso espiritual, consiste en intentar hacerle perder la paz interior. Lorenzo Scuopoli, uno de los grandes maestros espirituales del siglo XVI, muy apreciado por San Francisco de Sales, nos dice: «El demonio pone en juego todo su esfuerzo para arrancar la paz de nuestro corazón, porque sabe que Dios mora en la paz, y en la paz realiza cosas grandes».

Recordarlo es extraordinariamente útil, pues puede suceder que en el transcurso cotidiano de nuestra vida cristiana nos equivoquemos de combate, por decirlo así, y que orientemos mal nuestros esfuerzos: en lugar de combatir en el auténtico campo de batalla en el que, por la gracia de Dios, estamos siempre seguros de vencer, luchamos en un terreno al que el demonio nos atrae sutilmente y donde puede vencernos. Y ese es uno de los grandes «secretos» de la lucha espiritual: no equivocamos de combate, saber discernir, a pesar de la astucia del enemigo, cuál es el auténtico campo de batalla, contra qué hemos de luchar realmente, y dónde debemos centrar nuestro esfuerzo.

Por ejemplo, creemos que vencer en el combate espiritual significa librarnos de todos nuestros defectos, no sucumbir nunca a la tentación y dar fin a nuestras debilidades y nuestros fallos. Pero, ¡si en ese terreno somos vencidos inexorablemente! ¿Quién puede pretender no caer jamás? Ciertamente, eso no es lo que Dios exige de nosotros, pues Él conoce de qué hemos sido hechos, se acuerda de que no somos más que polvo (Sal 102).

Por el contrario, el auténtico combate espiritual, más que la lucha por una victoria definitiva o por una infalibilidad totalmente fuera de nuestro alcance, consiste sobre todo en aprender a aceptar nuestros ocasionales fallos sin desanimarnos, a no perder la paz del corazón cuando caemos lamentablemente, a no entristecernos en exceso por nuestras derrotas, y a saber aprovechar nuestros fracasos para saltar más arriba... Eso es siempre posible, a condición de que no nos angustiemos y conservemos la paz...

Podríamos, pues, enunciar razonablemente este principio: el objeto fundamental del combate espiritual, hacia el que debe tender prioritariamente nuestro esfuerzo, no es conseguir siempre la victoria (sobre nuestras tentaciones o nuestras debilidades), sino,

más bien, aprender a conservar la paz del corazón en cualquier circunstancia, incluso en caso de derrota . Sólo así podremos alcanzar el otro objetivo, que consiste en la eliminación de nuestras caídas, defectos, imperfecciones y pecados. Debemos aspirar a esta victoria y deseársela, pero siendo conscientes de que no la obtendremos gracias a nuestras fuerzas, y por lo tanto, que no hemos de pretender alcanzarla inmediatamente. Sólo la gracia de Dios nos conseguirá la victoria, gracia cuya acción será más poderosa y eficaz siempre que mantengamos nuestro interior en la paz y el abandono confiado en las manos de nuestro Padre del Cielo.

## 5. Las razones por las que perdemos la paz son siempre malas razones

Uno de los aspectos dominantes del combate espiritual es la lucha en el plano del pensamiento. Luchar significa con frecuencia oponer unos pensamientos que pueden reconfortarnos y devolvernos la paz, a los que provienen de nuestro propio espíritu, de la mentalidad que nos rodea, o incluso en ocasiones del Enemigo (el origen importa muy poco) y que nos llevan a la confusión, al temor, o al desaliento. Respecto a este combate, dichoso el hombre que ha llenado su aljaba (Sal 127) con esas flechas que son los buenos pensamientos, es decir, esas convicciones sólidas basadas en la fe que nutren la inteligencia y fortalecen el corazón en el momento de la prueba.

Entre esas flechas en la mano del héroe , figura una de las afirmaciones de fe que debe habitar en nosotros permanentemente, es decir que todas las razones que tenemos para perder la paz son malas razones .

Ciertamente, esta convicción no puede basarse en consideraciones humanas. No puede ser más que una certeza de fe, fundada en la Palabra de Dios. Jesús nos ha dicho claramente que no se apoya en las razones del mundo: « La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde ...» (Jn 14, 27).

Si buscamos la paz como la da el mundo , si esperamos nuestra paz por las razones del mundo, motivos por los que, según la mentalidad que nos rodea, se puede estar en paz (porque todo va bien, no tenemos contrariedades, nuestros deseos están absolutamente satisfechos, etc.), es seguro que nunca la encontraremos, o que nuestra paz será extremadamente frágil y de corta duración.

Para nosotros, creyentes, la razón esencial en virtud de la cual podemos estar siempre en paz no procede del mundo. « Mi reino no es de este mundo » (Jn 18,36). Viene de la confianza en la Palabra de Jesús.

Cuando el Señor afirma que nos deja la paz, que nos da la paz , sus palabras son palabras divinas, palabras que tienen la misma fuerza creadora que las que hicieron

surgir el cielo y la tierra de la nada, el mismo peso que las que calmaron la tempestad, las palabras que curaron a los enfermos y resucitaron a los muertos. Y puesto que Jesús nos declara en dos ocasiones que nos da su paz , creemos que esta paz no se nos retirará jamás. « Los dones y la vocación de Dios son irrevocables » (Rom 11, 29). Lo que ocurre es que no siempre sabemos recibirlos o conservarlos, porque con frecuencia nos falta la fe...

« Os he dicho esto para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación; pero confiad: yo he vencido al mundo » (Jn 16, 33). En Jesús podemos permanecer siempre en paz porque Él ha vencido al mundo, porque ha resucitado de entre los muertos. Por su muerte ha vencido a la muerte, ha anulado la sentencia de condenación que pesaba sobre nosotros. Ha mostrado la benevolencia de Dios hacia nosotros. Y « si Dios está por nosotros, ¿ quién contra nosotros?... ¿Quién nos separará del amor de Cristo ?» (Rom 8,31).

A partir de ese fundamento inquebrantable de la fe, vamos a examinar ahora ciertas situaciones en las que frecuentemente solemos perder, en mayor o menor medida, la paz del corazón. A la luz de la fe trataremos de poner en evidencia lo vano que nos resulta trastornarnos así.

No obstante, será útil hacer previamente algunos comentarios a fin de concretar a quién se dirigen y para quién son válidas las consideraciones que vamos a exponer sobre este tema.

## 6. La buena voluntad, condición necesaria para la paz

Bien entendido, la paz interior de la que tratamos no se puede considerar como patrimonio de todos los hombres independientemente de su actitud en relación con Dios.

El hombre que se enfrenta a Dios, que más o menos conscientemente le huye, o huye de algunas de sus llamadas o exigencias, no podrá vivir en paz. Cuando un hombre está cerca de Dios, ama a su Señor y desea servirle, la estrategia habitual del demonio consiste en hacerle perder la paz del corazón, mientras que, por el contrario, Dios acude en su ayuda para devolvérsela. Pero esta ley cambia radicalmente para una persona cuyo corazón está lejos de Dios, que vive en medio de la indiferencia y el mal: el demonio tratará de tranquilizarla, de mantenerla en una falsa quietud, mientras que el Señor, que desea su salvación y su conversión, agitará e inquietará su conciencia para intentar inducirla al arrepentimiento.

El hombre no puede vivir en una paz profunda y duradera si está lejos de Dios, si su íntima voluntad no está totalmente orientada hacia Él: «Nos hiciste para ti, Señor, y

nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (San Agustín).

Una condición necesaria para la paz interior es, pues, lo que podríamos llamar la buena voluntad . También se la podría llamar limpieza de corazón. Es la disposición estable y constante del hombre que está decidido a amar a Dios sobre todas las cosas, que en cualquier circunstancia desea sinceramente preferir la voluntad de Dios a la propia, y que no quiere negar conscientemente cosa alguna a Dios. Es posible (e incluso cierto) que el comportamiento de ese hombre a lo largo de su vida no esté en perfecta armonía con esas intenciones y deseos, y que surjan imperfecciones en su cumplimiento, pero sufrirá, pedirá perdón al Señor y tratará de corregirse de ellas. Después de unos momentos de eventual desaliento, se esforzará por volver a la disposición habitual del que quiere decir sí a Dios en todas las cosas sin excepción.

Esto es la buena voluntad. No es la perfección, la santidad plena, pues puede coexistir con vacilaciones, con imperfecciones e incluso con faltas, pero es el camino: es exactamente la disposición habitual del corazón (cuyo fundamento se encuentra en las virtudes de fe, esperanza y caridad) que permite que la gracia de Dios nos conduzca poco a poco hacia la perfección.

Esta buena voluntad, esta disposición habitual de decir sí a Dios, tanto en las cosas grandes como en las pequeñas, es una condición sine qua non de la paz interior. Mientras no adoptemos esta determinación, continuaremos sintiendo en nosotros cierta inquietud y cierta tristeza: la inquietud de no amar a Dios tanto como Él nos invita a amarle, la tristeza de no haber dado todavía todo a Dios. El hombre que ha entregado su voluntad a Dios, en cierto modo ya le ha entregado todo. No podemos estar realmente en paz mientras nuestro corazón no encuentre su unidad; y el corazón sólo estará unificado cuando todos nuestros deseos se subordinen al deseo de amar a Dios, de complacerle y de hacer su voluntad. Por supuesto, eso implica también la determinación habitual de desprendernos de todo lo que sea contrario a Dios. Y en esto consiste la buena voluntad, condición necesaria para la paz del alma.

## 7. La buena voluntad, condición suficiente para la paz

No obstante, podemos afirmar recíprocamente que esta buena voluntad basta para tener el derecho de conservar en paz el corazón, incluso si, a pesar de eso, aún tenemos muchos defectos y debilidades: « Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad », como decía el texto latino de la Vulgata.

En efecto, ¿qué nos pide Dios, sino esta buena voluntad? ¿Qué podría exigir de nosotros Él, que es un Padre bueno y compasivo, sino ver que su hijo desea amarle sobre todas las cosas, sufre por no amarle lo suficiente y está dispuesto, incluso si se sabe incapaz, a desprenderse de todo lo que se oponga a esa petición? ¿No tendrá el



mismo Dios que intervenir ahora y dar cumplimiento a esos deseos que el hombre es incapaz de alcanzar sólo con sus propios medios?

En ayuda de lo que acabamos de decir, a saber, que la buena voluntad basta para hacernos agradables a Dios, y en consecuencia, para que vivamos en paz, ofrecemos un episodio de la vida de Santa Teresa de Lisieux relatado por su hermana Céline:

«En una ocasión en que Sor Teresa me había mostrado todos mis defectos, yo me sentía triste y un poco desamparada. Pensaba: yo, que tanto deseo alcanzar la virtud, me veo muy lejos; querría ser dulce, paciente, humilde, caritativa, ¡ay, no lo conseguiré jamás!... Sin embargo, en la oración de la tarde, leí que, al expresar Santa Gertrudis ese mismo deseo, Nuestro Señor le había respondido: "En todo y sobre todo, ten buena voluntad : esa sola disposición dará a tu alma el brillo y el mérito especial de todas las virtudes. Todo el que tiene buena voluntad, el deseo sincero de procurar mi gloria, de darme gracias, de compadecerse de mis sufrimientos, de amarme y servirme como todas las criaturas juntas, recibirá indudablemente unas recompensas dignas de mi liberalidad, y su deseo le será en ocasiones más provechoso que a otros les son sus buenas obras."

»Muy contenta por aquellas frases, prosigue Céline, siempre en beneficio mío, se las comuniqué a Sor Teresa que, sobreabundando, añadió: "¿Has leído lo que se cuenta de la vida del Padre Surin? Mientras hacía un exorcismo, los demonios le dijeron: "Lo conseguimos todo; ¡únicamente no logramos vencer a esa perra de la buena voluntad!" Pues bien, si no tienes virtud, tienes una "perrita" que te salvará de todos los peligros. ¡Consuélate; te llevará al Paraíso! ¡Ah!, ¿dónde hay un alma que no desee alcanzar la virtud? ¡Es la vía común! ¡Pero qué poco numerosas son las que aceptan caer, ser débiles, que se sienten felices de verse por los suelos y que las demás las sorprendan en ese trance!"» ( Consejos y Recuerdos de Sor Genoveva ).

Como vemos en este texto, el concepto que Teresa (la santa más grande de los tiempos modernos, en palabras del Papa Pío XI) tenía de la perfección no es en absoluto el que nosotros tenemos espontáneamente. Pero volveremos sobre este punto. Limitémonos por el momento a recordar lo que se refiere a la buena voluntad, y pasemos a lo que habíamos anunciado, es decir al examen de las diferentes razones por las que perdemos frecuentemente la paz del corazón